

NIALL FERGUSON

DINERO Y PODER
EN EL MUNDO MODERNO,
1700-2000

Traducción de Silvina Marí

taurus historia



ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	9
INTRODUCCIÓN: VIEJO Y NUEVO DETERMINISMO ECONÓMICO	13
PRIMERA SECCIÓN. GASTO Y TRIBUTACIÓN	39
I. Emergencia y declive del estado de guerra	41
II. “Odiosos impuestos”	77
III. La plaza y el castillo: representación y administración	113
SEGUNDA SECCIÓN. PROMESAS DE PAGO	147
IV. Montañas de la Luna: las deudas públicas	149
V. Los impresores de dinero: incumplimiento y falsificación	191
VI. Sobre el interés	227
TERCERA SECCIÓN. POLÍTICA ECONÓMICA	257
VII. Pesos muertos y consumidores de impuestos: la historia social de las finanzas	259
VIII. El síndrome “Silverbridge”: la economía electoral ...	297
CUARTA SECCIÓN. PODER GLOBAL	353
IX. Amos y plancton: la globalización financiera	355
X. Burbujas y quiebras: las bolsas a largo plazo	401
XI. Grilletes de oro, cadenas de papel: los regímenes monetarios internacionales	433
XII. La ola americana: las mareas de la democracia	467
XIII. Unidades fragmentadas	503
XIV. Encogimiento: los límites del poder económico	525
CONCLUSIÓN	565
APÉNDICES	575
NOTAS	585
BIBLIOGRAFÍA	663
ÍNDICE ANALÍTICO	717

INTRODUCCIÓN:

VIEJO Y NUEVO DETERMINISMO ECONÓMICO

El dinero hace girar el mundo,
de eso estamos todos seguros.
Porque somos pobres.

Cabaret (1972)

La idea de que el dinero hace girar al mundo —como cantaba el maestro de ceremonias en la comedia musical *Cabaret*— es antigua, y además notoriamente maleable. Aparece en la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento: se puede comparar “el dinero soluciona todas las cosas” (Eclesiastés, 10:19) con “el afán de dinero es la raíz de todos los males” (1 Timoteo, 6:10). La avaricia fue, sin duda, un pecado condenado por la ley mosaica. Pero en la doctrina cristiana, según sugiere el segundo aforismo, se condenó asimismo la simple motivación pecuniaria. Parte del atractivo revolucionario de las enseñanzas de Cristo fue la expectativa de que el rico se vería excluido del Reino de Dios: “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los Cielos” (Mateo, 19:24).

En pocas palabras, Europa occidental no habría pasado tan exitosamente del feudalismo al capitalismo de haber logrado este dogma disuadir a la gente de ganar dinero. El hecho es que, obviamente, no produjo tal efecto. Más bien, consoló a aquellos (la mayoría) que no poseían dinero y creó un sentido de culpabilidad en los que lo tenían: se trató de una estrategia óptima para una organización que buscaba una adhesión masiva, así como también donaciones sustanciales y privadas de la élite.

La noción de un conflicto fundamental entre Mammón y la moral inspiró también la “religión secular” más exitosa de la época

moderna. Para Karl Marx y Friedrich Engels, lo más detestable de su propia clase era la ética burguesa del “crudo interés propio” y del “cruel pago en efectivo”¹. La afirmación de Marx de que las contradicciones internas del capitalismo precipitarían su propia caída se asumía como verdad “científica” y “objetiva”. La inexorable emergencia del capitalismo y de la burguesía habían derrocado el orden aristocrático feudal; a su vez y de modo inevitable, la formación en las fábricas de un empobrecido e inmenso proletariado destruiría el capitalismo y a la burguesía. Marx despreciaba la fe de sus ancestros y fue indiferente al luteranismo adoptado por su padre. Sin embargo, el marxismo no habría ganado tantos seguidores de no haber ofrecido un futuro Día del Juicio final bajo la forma secular de una prometida revolución en la que los ricos, una vez más, tendrían su merecido. Como observara Isaiah Berlin, los párrafos más tronantes de *El capital* son producto de un hombre que “a la manera de un profeta hebreo... habla en nombre de los elegidos, se pronuncia sobre el peso del capitalismo, sobre la condena de su sistema maldito y sobre el castigo que les espera a aquellos que son ciegos al curso y finalidad de la historia y que, por ende, se autodestruyen y se ven condenados a la desaparición”². La deuda de Marx con Hegel, Ricardo y los radicales franceses es bien conocida. Pero interesa recordar que el *Manifiesto comunista* también está en deuda con una crítica más abiertamente religiosa y conservadora al capitalismo. De hecho fue Thomas Carlyle el que acuñó la expresión *the cash nexus* (el nexo del dinero) en su *Cartismo* (1840)³ si bien, donde Marx ansiaba una utopía proletaria, Carlyle lamentaba la pérdida de una Inglaterra medieval y romántica⁴.

Aunque ya no esté de moda hacerlo, es posible interpretar *El anillo de los Nibelungos* de Richard Wagner como otra crítica romántica al capitalismo. El argumento central, según le dice una de las doncellas del Rin al enano Alberich en la primera escena, es que el dinero —o para ser más exactos, el oro extraído y forjado— es poder: “Aquel que forje del oro del Rin el anillo / que le otorgará una fuerza inmensa / podrá ganar para sí la riqueza del mundo”. Pero hay trampa: “Sólo el que abjure del amor, / sólo el que renuncie al derecho de los placeres del amor, / sólo él obtendrá los poderes / para hacer del oro un anillo”. En otras palabras, la adquisición

de riqueza y la satisfacción emocional se excluyen mutuamente. Habiendo sido los avances lascivos de Alberich rechazados burlonamente por las doncellas, no fue difícil para él decidirse por la otra opción: significativamente, la primera manifestación de acumulación de capital en *El anillo* consiste en el robo del oro.

Pero éste no es el único simbolismo económico que puede apreciarse en *El oro del Rin*. La escena siguiente está dominada por una disputa contractual entre el dios Wotan y los gigantes Fafner y Fasolt, que acaban de finalizar la construcción de una nueva fortaleza: Valhalla. Sin embargo, la tercera escena es la que contiene la economía más explícita. Vemos aquí a Alberich en su nueva encarnación de despiadado señor de Nibelheim, explotando cruelmente a sus compañeros enanos, los nibelungos, en una gran fábrica de oro. Según explica su maltratado hermano Mimo, su gente fue alguna vez un “despreocupado grupo de herreros” que “creaban / abalorios para sus mujeres, maravillosas baratijas, / delicadas naderías para los nibelungos, / y livianamente nos divertíamos con nuestro trabajo”. Pero “ahora este villano nos obliga / a arrastrarnos por nuestras propias cavernas / y a fatigarnos continuamente sólo en su beneficio... sin paz ni pausa alguna”. El implacable ritmo de trabajo demandado por Alberich queda evocado por el sonido de los martillos que golpean rítmicamente los yunques. Se trata de un sonido que volveremos a escuchar más tarde, cuando Sigfrido suelda nuevamente la espada rota de su padre Notung: tal vez sea éste el único caso en que se haya musicalizado la manufactura de armas.

Por cierto, hoy día pocos estudiosos serios de Wagner querían darle demasiada importancia al tema económico de *El anillo*⁵. Lo que todavía parecía novedoso en la producción de 1976 de Bayreuth se convirtió en un tema desgastado en 1991 cuando, en el montaje del Covent Garden, Alberich aparece con sombrero de copa y Sigfrido con un mono de color azul. Pero por otro lado, Wagner mismo comparó la contaminada Londres de la época con Nibelheim. Tampoco carece de importancia que haya concebido la obra en el revolucionario 1848, poco tiempo antes de atrincherarse en las barricadas de Dresde junto al anarquista Mijaíl Bakunin (donde ambos esbozaron una escena blasfema de crucifixión para una obra futura que se titularía *Jesús de Nazaret*). Cuando se estrenó *El anillo*

en agosto de 1876, Wagner ya había abandonado la política radical de su juventud. No obstante, según el joven escritor irlandés George Bernard Shaw, que había cumplido veinte años ese mismo año, todavía podía discernirse en la obra el contenido económico: es más, Wagner había sido visto en la sala de lectura del Museo Británico estudiando una partitura orquestal de *Tristán e Isolda* junto a la traducción francesa de *El capital* de Marx. Para Shaw, *El anillo* era una alegoría del sistema de clases: Alberich era un “tipo pobre, tosco, vulgar y grosero” que intentó “formar parte de la sociedad aristocrática” pero que fue “desairado al hacérsele saber que sólo siendo millonario y comprándose una bella y refinada esposa podría hacer que esa sociedad estuviera a sus pies. Se ve forzado en su elección. Abjura del amor, como muchos lo hacen día a día; y en un instante, el oro está a su alcance”⁶. El punto crucial del *Gesamtkunstwerk* de Wagner es la maldición que Alberich deposita en el anillo cuando se lo roban los dioses:

¡Porque su oro me ha dado inmenso poder,
 su magia podrá darle muerte al que lo use!
 ¡Quien lo posea se verá cuidadosamente consumido,
 y el que no lo tenga estará roído por la envidia!
 ¡Todos sentirán comezón por poseerlo,
 pero nadie encontrará placer en él!
 ¡El dueño lo protegerá sin beneficio,
 porque por él se verá con su verdugo!

La maldición se cumple con la muerte de Sigfrido en *La caída de los dioses*; finalmente, Brunilda se echa sobre su pira funeraria, arroja el anillo al Rin y hace arder en llamas “las torres abovedadas de Valhalla” en una conflagración prácticamente imposible de escenificar.

No es una coincidencia que Marx haya previsto un fin similar para el capitalismo en su primer volumen de *El capital* —obra de comparable importancia aunque no en lo que hace a su belleza estética—. En el capítulo 32, Marx ofrece un esbozo memorable del desarrollo económico del capitalismo: